

reverencia y sumisión á sus leyes; con respecto á nosotros mismos, por lo que á Dios estamos obligados, en la práctica del bien y de la virtud, en la abstención rigurosa del desorden que nos priva de la felicidad temporal y de la eterna; y, más directamente, en lo que toca á nuestros semejantes y hermanos, equidad en nuestros tratos y contratos, verdad y no engaño en nuestras negociaciones, sinceridad y no mentira en nuestras palabras, respeto inviolable á los bienes de nuestro prójimo. ¡Ah! no se diga de nosotros con algún motivo lo que con toda verdad afirmaba el Apóstol, de los pueblos paganos: que estaban repletos de iniquidad, de avaricia, de fornicación, de envidia, de discordia, de engaño, de murmuración y de todo linaje de vicios nefandos¹. Y la causa de estos desórdenes, funesta, no fué otra sino el haber abusado del conocimiento de Dios, porque, *habiéndole reconocido, no le glorificaron, desvanecidos con sus propias luces y gloriándose de los bienes recibidos*².

14. ¡Aleje Dios de nosotros, mis queridos hermanos, tan negro porvenir! ¡Lejos de nuestros corazones la vanidad y la soberbia! ¡Bendigamos al Señor, y que el recuerdo de esta gran solemnidad religiosa y patriótica grave profundamente en nuestras almas el respeto á la ley santa de Dios y de su Iglesia, el amor y la confianza en Jesucristo, las máximas eternas de honestidad y de justicia, para que, testigos y cooperadores entusiastas del gran triunfo de nuestro Dios sacramentado, venga á nosotros su reino aquí en la tierra, y vayamos á compartir con él la eterna bienaventuranza de su reino perdurable allá en el cielo! Así sea.

¹ Rom. 1, 29.

² Rom. 1, 21.

PRIMER PANEGÍRICO DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

(predicado en la fiesta del Apostolado de la Oración, en Bogotá, 1895).

Habemus quid admiremur, habemus quid amemus, habemus quid imitemur.

Tenemos lo que hemos de admirar, tenemos lo que hemos de amar, tenemos lo que hemos de imitar.

S. Bern.

In ipso inhabitat plenitudo divinitatis corporaliter.

En él habita la plenitud de la divinidad corporalmente.

Col. 2, 9.

1. Ved aquí, mis amados hermanos, el gran día en que Jesucristo reúne á sus hijos en torno, no tanto para hablarles palabras de vida eterna, como para mostrarles bien al descubierto, herido y ardiendo en llamas misteriosas, su divino Corazón. «Mirad», les dice, «y ¿no os bastará mirar mi corazón para tornaros Apóstoles?» ¡Ah, qué lección tan objetiva! ¡qué palabra tan patética!

Miremos, hermanos míos, no ya precisamente el Corazón de un Dios-Hombre, océano de perfecciones, foco de luz en que más bien corre peligro de ofuscarse y quedar deslumbrada nuestra vista, sino solamente su reflejo en el corazón del hombre, tal como lo formó el Creador, tal como lo labra y abrillanta la virtud. ¡Qué maravillas no encierra un corazón! No digo precisamente ese órgano material del cuerpo humano, esa máquina prodigiosa que recoge y desparrama, purifica y envía, con la sangre, la vida animal hasta los puntos extremos del complicado organismo. Dejo á un lado, para la admiración del fisiólogo, el orden físico, y me contraigo al moral y filosófico, que es base del estético y místico.

2. Nada tan bello, nada tan fuerte y poderoso, nada tan eficaz y persuasivo como esa porción del ser inteligente y libre simbolizada por el órgano delicado y

simpático que se llama *corazón*. No es la inteligencia precisamente, y, sin embargo, es antorcha y manantial de luz que ilumina en derredor un vasto horizonte cuajado de tinieblas, las cuales se rasgan al paso de los rayos que arroja el corazón; no es la fantasía soñadora que embelesa, y, sin embargo, es él quien pinta y embellece todo el paisaje de la humana vida, suavizando hasta las rocas salvajes del árido desierto; no es el ojo, y tiene miradas más rápidas, penetrantes y seguras; no es el sentido, y es el más delicado y sensible de todos los órganos. Imán irresistible atrae cien otros corazones, los encadena fuertemente, y forma con ellos el misterioso lazo que une la tierra y el cielo... Espejo clarísimo, refleja mejor que la fuente cristalina, los rayos celestiales, la bondad y la virtud, proyectando la luz del ejemplo con más viveza y energía que todas las palabras. El corazón se desborda por los ojos aun antes que lleguen las palabras á los labios. ¡Qué cosa tan grande es, pues, el corazón!

3. Pues, subid ahora por encima de todos los corazones de criaturas hasta el corazón-rey, el corazón-modelo, el divino Corazón de Jesús. Miradlo allí en las manos del propio Salvador que os lo presenta para que lo estudiéis y lo adoréis. *Venite adoremus!*¹ Sí, porque, aplicando las palabras del devotísimo San Bernardo delante del Pesebre, en este corazón tenemos mucho que adorar en muda admiración, mucho que amar y mucho también que imitar². Porque el Corazón del Hombre-Dios, en quien habita corporalmente la plenitud de la divinidad, no puede menos que ser objeto excelentísimo

¹ Ps. 94, 6.

² *Habemus quod admiremur...* (ubi supra).

de admiración, centro de nuestros afectos, dechado de nuestras acciones, como en las tres partes que abrazará mi discurso, paso á declararlo, después de saludar devotamente á la inmaculada Virgen: *Ave Maria*.

I.

4. El corazón humano suele decirse que tiene muchos pliegues y repliegues, donde se ocultan á la más escudriñadora mirada los recónditos afectos, deseos, inclinaciones y también cualidades que aquél encierra, como guarda en un arca preciosa sus tesoros el avaro. ¡Qué cosas no puede guardar un corazón! ¿Quién llegará á sondear esos arcanos de bondad, si es noble y generoso? Reservado parece á Dios el secreto de los corazones¹. Pues ¿quién se atreverá á describir la belleza y perfecciones del Corazón único, del Corazón del Hijo de Dios humanado? ¿No cabe más bien aquí la exclamación del Apóstol: *¡Oh altitudo divitiarum sapientiae et scientiae Dei!*² pues se trata precisamente de Aquél que no, por ser hombre, deja de ser la Sabiduría substancial de Dios? Bien pueden los ángeles y los querubines sapientísimos contemplar por siglos de siglos la hermosura del Corazón de Jesús, que no llegarán á comprenderla jamás. Y no hablo, cristianos oyentes, del corazón mismo de Dios, del Corazón de Jesús, en cuanto Dios, que, en este concepto, claro está que es infinito, como la naturaleza divina: hablo del corazón puramente humano del Verbo Encarnado, que, aunque finito en sí, participa de la infinita perfección por la unión hipostática del Verbo. Aun así considerado este Corazón, que

¹ *Scrutans corda et renes, Deus* (Ps. 7, 10. Apoc. 2, 23 et passim).

² Hebr. 1, 6.

bien puede llamarse divino por pertenecer personalmente á Dios, es un piélago sin suelo de bondad y perfecciones. Empecemos por lo menos para llegar á lo que es más. Empecemos por considerar el Corazón de Jesucristo como de quien es *Primogénito de todos los hijos de los hombres, príncipe de los reyes de la tierra*¹.

5. ¿Quién duda que Dios Creador, para desposar á su Hijo con la pobre humanidad, hubo de dar á ésta en dote riquísima todas las perfecciones y gracias de que fuese capaz? Debió según esto formar en el laboratorio de su omnipotencia una naturaleza humana individual, un hombre, digamos con la frase de la Iglesia, perfectísimo cuanto cabe imaginar, obra maestra, cuyo artífice fuera el Espíritu Santo en el paraíso de la virginidad y de la gracia, un arca del nuevo y eterno Testamento, dentro de la cual había de depositarse el maná bajado del cielo, esto es el Unigénito de Dios, la segunda Persona de la augustísima Trinidad. *Et Verbum caro factum est*². Formada así la naturaleza humana, el Verbo se hizo carne, el Verbo se hizo dueño de ella y habitó entre nosotros, *hecho como uno de nosotros*³ también. He ahí cómo aparece, dentro del real pecho de *Jesús que se llama Cristo*⁴, el sagrado Corazón, tan perfecto como centro de aquel organismo fabricado expresamente para sí por el Dios que fabricó los cielos. Detengámonos á contemplar ese admirable corazón. Oigámosle palpitar dentro del pecho de Jesús. ¡Qué conjunto tan maravilloso de virtudes! ¡Qué diamante engastado en oro purísimo de infinitos

¹ Apoc. 1, 5.

² Io. 1, 14.

³ Ecce Adam quasi unus ex nobis factus est (Gen. 3, 22).

⁴ Matth. 1, 16.

quilates! *Lleno está de gracia y de verdad*¹: de toda la verdad y pureza de la naturaleza humana y de todos los primores con que esa naturaleza ha sido realzada en un orden superior. El corazón humano, salido inmediatamente de las manos del Creador, es la más bella de sus obras debajo del cielo.

6. El corazón humano, en su nativa perfección, es noble y magnánimo, tierno y generoso. Magnanimidad y ternura: he ahí dos elementos al parecer encontrados é incompatibles y como destinados á repartirse entre los dos sexos en que plugo á Dios dividir la especie humana², y que, no obstante, maravillosamente armonizados, vienen á formar el encanto de un corazón humano, no ya de varón ni de mujer, del corazón ideal de la humanidad, que en vano buscaríais realizado fuera del pecho de Jesús, *el más hermoso de los hijos de los hombres*³, *en cuyos labios se ha derramado la gracia y la dulzura*⁴. El Corazón de Jesús realiza, pues, el bello ideal de corazones humanos, y esto por ser el trono de la ternura y de la magnanimidad. Magnánimo y tiernísimo: ¡qué belleza de contrastes! ¡qué golpes de luz, y qué apacibles sombras! ¿no son éstos los dos elementos indispensables para la belleza de un cuadro, de un paisaje, de un retrato? ¡Oh Corazón de Jesús, magnánimo hasta el sacrificio, tierno hasta las lágrimas! ¡El sacrificio! ¡La expresión más vigorosa de la más alta grandeza moral! ¡Las lágrimas! Debilidad sublime, cuando no las arranca el dolor vulgar, sino que brotan al choque del dolor ajeno, al golpe de la compasión.

¹ Io. 1, 14.

² Masculum et feminam creavit eos (Gen. 1, 27).

³ Ps. 44, 3.

⁴ Ibid.

Jesús muriendo en un patíbulo de malhechores, *el Justo por los criminales*¹: ¡he ahí el sacrificio! Jesús llorando por sus mismos verdugos: ¡he aquí el abismo de ternura! Muriendo ó llorando, magnánimo ó tierno... yo no sé cuándo es más bello el Corazón del Hombre-Dios.

7. Pues, si tan bello es por sí solo este ideal de corazones, ¿qué será, decidme, unido ya con la persona del Verbo, hecho morada corporal de la plenitud de la Divinidad?² ¿Cómo formarnos idea de la belleza á que eleva ese Corazón la estrechura de la unión hipostática? Tal es, que raya en lo infinito, y faltan para explicarla, no ya las palabras, sino los conceptos. Santos Doctores de la Iglesia, águilas del pensamiento cristiano, reveladnos, ¡oh, vosotros en quienes á la alteza del genio se ha adunado la inspiración del Espíritu Santo! decidnos hasta dónde llegan los maravillosos efectos de esa perfectísima comunión de propiedades en la naturaleza elevada por el Verbo. He aquí, hermanos míos, lo poco ó nada que yo alcanzo á descubrir. Sin destruirla, sin absorberla, sin confundirse con ella³, la divinidad, que en ella habita corporalmente, eleva aquella sagrada humanidad, la trasfigura, la penetra con sus resplandores de tal modo que, hasta donde es posible, la deifica. ¿No decía esto el mismo Cristo, respondiendo á los que le inculpaban de blasfemia por llamarse igual á Dios? *Si á aquellos puros hombres á quienes Dios dirigió inmediatamente su palabra, la Escritura infalible da el epíteto de dioses (Deos vocat), cual si bastara recibir la impresión de la voz divina*

¹ 1 Petr. 3, 18. ² Col. 2, 9.

³ Non confusione substantiæ, sed unitate personæ (S. Athan.).

para quedar divinizado el hombre; ¿por qué os escandalizáis de que se llame Dios é Hijo de Dios aquél á quien el Padre ha santificado con su misma divinidad, á quien ha consagrado con su unión personal?¹ ¡Oh, y si pudiéramos comprender el significado sublime y el alcance de esta divina *santificación!*² Algunos símiles de la naturaleza podrán darnos alguna tosca idea de este fenómeno divino. Mirad ese hierro hecho ascua que sale de la fragua: ¿dónde está el hierro, que yo no veo sino un dardo de fuego? Tal es la intensidad del accidente que hace desaparecer la substancia. Contemplad ese diáfano cristal atravesado por el rayo luminoso, esa gota de rocío posada en el cáliz de la flor, trasformada en irisada perla por el rayo del sol de la mañana. Y este medio ambiente en que flotamos, ¿qué es? ¿aire ó luz? Aire es ciertamente, pero inundado por torrentes de luz que lo convierten en un océano de claridad. Ved ahí, pues, al Corazón de Jesucristo, esclarecido, iluminado por los resplandores infinitos de la divinidad que lo invade y lo penetra más íntimamente que la forma ó accidente á la substancia material y más estrechamente lo abraza que el alma al cuerpo³. Así se cumple la petición de Jesús al Padre: *Escláreceme con aquella claridad que tuve antes de que fuese el mundo, en el seno de tu gloria*⁴. Sí, responde el Padre Eterno: *ya te he glorificado y te glorificaré de nuevo*⁵.

8. Y ¿cuál es, hermanos míos, esa claridad divina de que está bañado el Corazón de Jesús, sino el reflejo

¹ Io. 10, 35. 36.

² Quem Pater sanctificavit... (ibid.).

³ Sicut anima rationalis et caro unus est homo, ita Deus et homo unus est Christus (Symbol. Athan.).

⁴ Io. 17, 5. ⁵ Io. 12, 28.

vivísimo de los atributos de Dios en un corazón de hombre? El Corazón de Jesús es, pues, la más perfecta imagen de Dios, el trasunto más fiel de la incomprendible Trinidad. Dios *que habita en trono de luz inaccesible*¹, no pudiendo ser visto en sí mismo, déjase ver y contemplar de lleno en su brillante espejo, el Corazón de Jesús. Allí están retratadas las perfecciones más altas del Ser infinito: allí su bondad, allí su santidad, allí su plenitud. Un Corazón que rebosa largueza y va esparciendo beneficios por dondequiera que pasa²; un Corazón que no consiente mancha ni sombra de pecado³, siendo la misma rectitud y el orden por excelencia, *el Santo de los Santos*⁴; un Corazón que nada pide á las criaturas porque se basta á sí propio para ser feliz, y por eso es inmutable entre las infinitas variedades del humano afecto, siempre sereno y *levantado más arriba de los cielos*⁵. . . . tal es el sagrado Corazón que adoramos, que admiramos en el pecho de Jesús. ¡Oh piedra preciosa, inestimable, que reflejas todas las luces del cielo!

9. Brillantes y magníficas imágenes de sus perfecciones ha dejado la mano creadora en la naturaleza, y por eso *los cielos cantan y pregonan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia el poder del que le tendió de polo á polo*⁶, y en el sol mismo *puso el Señor su tabernáculo*, espléndidamente adornado con cortinajes de oro y grana⁷. Ese mar inmenso é insondable, *en el cual entran los caudalosos ríos, y no rebosa*⁸, ¿no es una imagen magnífica de la grandeza é inmensidad del que

¹ 1 Tim. 6, 16.² Act. 10, 38.³ Io. 8, 46.⁴ Dan. 9, 24.⁵ Hebr. 7, 26.⁶ Ps. 18, 2.⁷ Ps. 18, 6.⁸ Eccli. 1, 7.

lo creó y aprisionó con valla de menuda arena? Ahí tenéis, oyentes míos, tres grandes y hermosísimos espejos naturales en donde contemplar á Dios: el sol, el cielo, el mar. En el primero podéis admirar un rasguño, no tanto de la claridad cuanto de la fecundidad de Aquél que es Padre universal de todas las criaturas, puesto que padre también de la naturaleza y de las vivientes puede apellidarse el Astro-rey que con su influjo poderoso reparte á millares de leguas la animación y la vida. En el vasto cielo, poblado de tantos y tan bellos diamantes y rubíes como brillan en noche serena, admiraréis el orden y concierto con que todos se mueven, á pesar de lo vertiginoso de su marcha, no pudiendo menos de exclamar: ¡Qué abismo de sabiduría!¹ Y en el inconmensurable océano quedaréis absortos contemplando ya la interminable extensión, ya los tesoros de riqueza que guarda en sus profundidades, ya en fin la plenitud, la aparente infinidad, que tan á lo vivo semeja la del Ser que rechaza todo límite. ¡Ah! pero ¿qué son todas estas criaturas cotejadas con el Corazón del Hombre-Dios? El Corazón de Jesús es sol y cielo y mar... En él están retratadas á maravilla la bondad y la santidad y la plenitud del Ser divino, por ser el Corazón de Aquél á quien pertenece et título de *Padre del futuro siglo*², y *Santo de los santos*³, y *de cuya plenitud todos nosotros hemos recibido la gracia*⁴, y de quien la habrán de recibir todos los seres racionales, ángeles y hombres, como del único Salvador y *Herederero universal de Dios*⁵. ¡Honor y bendición al divino Corazón de Jesús! Por este Corazón deífico nos

¹ Ps. 56, 11.² Is. 9, 6.³ Dan. 9, 24.⁴ Io. 1, 16.⁵ Hebr. 1, 2.